

El capitalismo de la fragmentación



El radicalismo
de mercado
y el sueño
de un mundo
sin democracia

Quinn Slobodian

PAIDÓS

Quinn Slobodian

El capitalismo de la fragmentación

El radicalismo de mercado y el sueño de un mundo sin democracia

Traducción de Albino Santos

PAIDÓS Estado y Sociedad

Título original: *Crack Up Capitalism: Market Radicals and the Dream of a World Without Democracy*, de Quinn Slobodian
Reservados todos los derechos, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier forma

1.ª edición, septiembre de 2023

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Quinn Slobodian, 2023

© de la traducción, Albino Santos Mosquera, 2023

© de los mapas, Marion Kadi

© de todas las ediciones en castellano,

Editorial Planeta, S. A., 2023

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona, España

www.paidos.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-493-4132-8

Maquetación: Realización Planeta

Dépósito legal: B. 12.762-2023

Impresión y encuadernación en Gómez Aparicio Grupo Gráfico

Impreso en España – *Printed in Spain*



SUMARIO

Introducción: Haga añicos el mapa	11
---	----

PRIMERA PARTE ISLAS

1. Dos, tres..., muchos Hong Kongs	25
2. El astillamiento de una ciudad	55
3. La solución Singapur	83

SEGUNDA PARTE *PHYLES*

4. El bantustán libertario	109
5. La maravillosa muerte de un Estado	131
6. El <i>cosplay</i> de la nueva Edad Media	153
7. Tu propio Liechtenstein privado	173

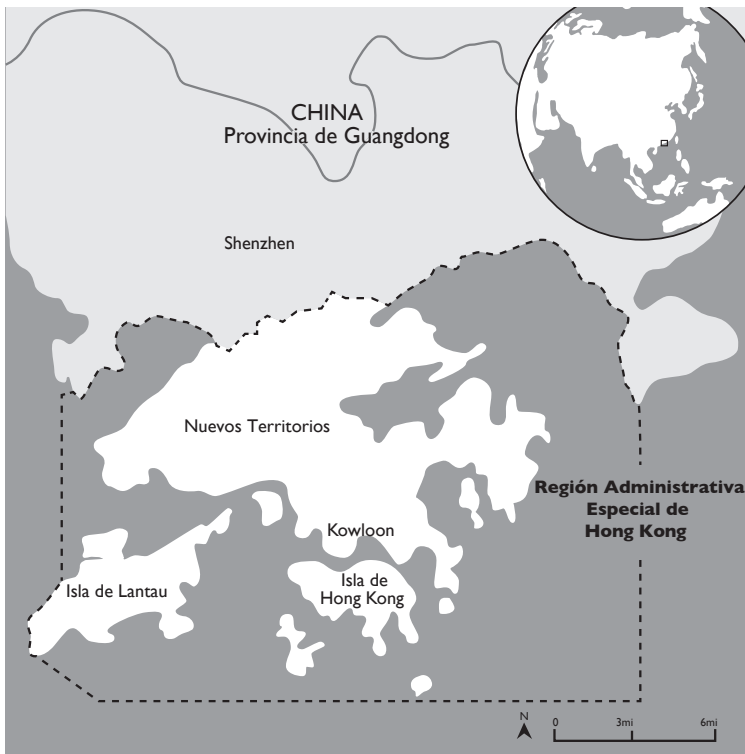
TERCERA PARTE NACIONES FRANQUICIA

8. El clan de negocios de un hombre blanco en Somalia	195
9. Las burbujas jurídico-legales de Dubái	215
10. El colonialismo de Silicon Valley	237
11. Un país nube en el Metaverso	257

Conclusión. Seamos agua	283
Agradecimientos	301
Notas	303
Índice analítico y de materias	405

Primera parte
ISLAS

Capítulo 1
DOS, TRES..., MUCHOS HONG KONGS



Hong Kong

Aquella alusión de Peter Thiel a un mundo futuro de mil naciones no era una especulación, sino un plan de negocio. La hizo en un acto de un instituto que él mismo financiaba y que tenía por objetivo incrementar de forma drástica el número de territorios diferenciados en el mundo. Los detalles específicos los proporcionó el hombre que también habló aquel día desde el atril, un ingeniero de *software* de Google recién entrado en la treintena. «Vamos a ver, el futuro», dijo para empezar, y, a continuación, dio una descripción a vuelapluma de sus planes para convertir la soberanía política en una empresa lucrativa.¹ Desde tiempos inmemoriales, según este mismo ingeniero ha escrito también, solo había existido una forma de crear una nación nueva: desintegrar una ya existente, establecer una nueva subdivisión del territorio y renombrarla. Era un objetivo muy difícil de conseguir que, a menudo, obligaba a librar una guerra. Pero ¿y si se pudiera crear una entidad política autónoma allí donde no existiera ninguna con anterioridad?² ¿Y si hubiera por ahí, en algún lugar, un espacio sin reclamar? ¿Qué proponía él? Pues reconvertir la tecnología de las plataformas petrolíferas marinas para instalar en ellas asentamientos que estuvieran fuera de la jurisdicción de los Estados terrestres y colonizar así residencial y comercialmente (*homesteading*) las aguas de alta mar.³ Fuera ya de la «zona económica exclusiva» que se extiende hasta doscientas millas náuticas mar adentro desde el litoral costero de todos los países, el océano abierto estaba disponible para la explotación privada y la experimentación política. Estos asentamientos residenciales y comerciales marinos (*seasteads*) escaparían a la acción del Estado recaudador y regulador, declararían su independencia y serían la chispa que iniciaría una «explosión cámbrica en las formas de gobierno».⁴ En el argot de Silicon Valley, vendrían a ser *naciones start-up*.

Aquel que hablaba ante el atril era Patri Friedman, nieto de un hombre muy famoso, tal vez el más destacado economista del siglo anterior, tan ensalzado como vituperado por su papel como proveedor de andamiaje intelectual a formas de capitalismo cada vez más radicales, y pluriempleado al mismo tiempo como asesor de dictadores: me refiero a Milton Friedman. Nieto y abuelo compartían una falta de compromiso de base con la democracia. «La democracia no es la respuesta», escribió Patri; solo es «el estándar actual en la industria».⁵ El modelo de sus comunidades ideales eran las corporaciones empresariales. «Es sencillo: se obtienen productos más efectivos de las empresas que compiten entre sí por el favor de los clientes que de los sistemas democráticos», declaró en una ocasión.⁶ En la edición del cuarenta aniversario de su gran éxito editorial *Capitalismo y libertad*, publicada en 2002, su abuelo Milton se había mostrado de ese mismo parecer. «Si bien la libertad económica es una condición necesaria para la libertad civil y política —escribió—, la libertad política, por deseable que sea, no es condición necesaria para la libertad económica y civil.»⁷

Milton citaba entonces su ejemplo favorito: Hong Kong. La excolonia británica lo había convencido más que ninguna otra cosa de que la libertad capitalista podía salvaguardarse sin necesidad de citas con las urnas. En su presentación de unos años después, Patri se hizo eco de aquella reflexión de su abuelo cuando dijo que su deseo era ver un «Hong Kong flotante».⁸ En el encabezado de su blog se incluía un lema adaptado de Mao Zedong («Que mil naciones florezcan»), pero la imagen era de Hong Kong y el logotipo recordaba sospechosamente a una versión sinuosa de la flor de bauhinia que figura en el centro de la bandera de ese territorio.⁹ ¿Qué tenía Hong Kong que lo convertía en el arquetipo perfecto? Para comprender el entusiasmo de los Friedman, debemos viajar varias décadas atrás, a la época en que Milton se enamoró de su paraíso capitalista colonial.

1

A finales de 1978, los niveles de inflación eran altos en Estados Unidos y no dejaban de subir. El Reino Unido se adentraba en su propio «invierno del descontento», con un número récord de protestas y acciones sindicales que propiciaron una reacción popular adversa que culminaría con el

ascenso al poder de Margaret Thatcher, martillo destructor del sindicalismo. También se oían ecos de revuelta en Irán, donde los estudiantes izquierdistas revolucionarios hicieron frente común con sus no menos revolucionarios homólogos del fundamentalismo religioso para derrocar al Gobierno, manifestándose en hombre de Dios y del pueblo con los puños en alto. Tres de los mayores países de América del Sur languidecían bajo el peso de sus respectivos regímenes militares. Vietnam invadió Camboya, y China se preparaba para invadir Vietnam. El mundo estaba sumido en lo que un grupo de politólogos (Samuel Huntington entre ellos) calificaron en un influyente informe de «crisis de la democracia». Los autores del documento se preguntaban si el mundo se había vuelto «ingobernable», si la vida social había adquirido tal nivel de complejidad y las presiones populares se habían hecho hasta tal punto inasumibles para los gobiernos que estos ya no podían responder adecuadamente a ellas. En concreto, citaron las palabras del ya excanciller alemán Willy Brandt cuando predijo que «a Europa Occidental solo le quedan veinte o treinta años más de democracia».¹⁰ En la portada del informe se mostraba la silueta de una bandera nacional indeterminada situada en el punto de mira de un rifle.

La fatalidad parecía haberse apoderado del mundo y, sin embargo, el sol brillaba en Hong Kong. Un día de finales de septiembre de 1978, Milton Friedman señaló sonriendo a la ciudad de pronunciados rascacielos blancos relucientes y con el mar de la China Meridional a sus espaldas. Aquel lugar, dijo en ese momento, prometía una solución a la crisis, lejos de los paroxismos de la soberanía popular. Quizá Hong Kong, insinuó, representaba lo que debería ser la situación final deseable para el capitalismo global. Quizá las ideas de la autodeterminación nacional, del principio de «una persona, un voto» y del poder del pueblo no habían sido más que desvíos, caminos tortuosos hacia una situación de servidumbre, y aquel lugar donde tan impecablemente se vehiculaban el comercio y las finanzas —un lugar blindado frente a las demandas de la población, pero ágilmente atento a las del mercado; un gigante del capitalismo funcionando a toda máquina— era el futuro. ¿Y si lo que necesitaríamos fuese cortocircuitar el caos de la democracia para asegurar el éxito del mercado? ¿Y si de veras hubiera que disparar contra la bandera que estaba en el punto de mira para que el mundo volviera a ser gobernable de nuevo? ¿Y si la era en la que el Estado nación había tenido un papel dominante en las aspiraciones políticas

—y que abarcó desde el final de la Primera Guerra Mundial hasta la década de los setenta— no hubiera sido más que una incidencia pasajera? «Creo que una economía relativamente libre es una condición necesaria para tener una sociedad democrática —diría el propio Friedman años después, en una entrevista de 1988—. Pero también creo que existen pruebas de que la sociedad democrática, una vez instaurada, destruye la economía libre.»¹¹

Los orígenes de Hong Kong nos revelan el secreto de cómo se creó ese que para Friedman era el Estado ideal: por la vía armada. Por el Tratado de Nankín, de 1842, los británicos se quedaron con la isla de Hong Kong a perpetuidad como botín de la primera guerra del Opio. Bendecido con un ancho y profundo puerto natural, protegido de los tifones por una montaña resultante de la explosión de un supervolcán en el Mesozoico, el territorio tenía una ciudad a la que sus nuevos amos llamaron Victoria en honor de su monarca y convirtieron en un punto de intercambio comercial libre de aranceles con una economía impulsada sobre todo por el comercio de la droga, pues era centro de distribución para el tráfico del opio que se cultivaba y se procesaba en la India y que llegaba allí por mar con destino a los consumidores chinos.

Los británicos esperaban que aquel comercio uniera a los chinos «en amigable relación» con «los habitantes, más activos y emprendedores, de aquello que acostumbramos a llamar el mundo civilizado» (es decir, ellos mismos), pero la relación tenía muy poco de amistosa y ellos tampoco eran muy civilizados que digamos.¹² El Reino Unido y Francia instigaron la segunda guerra del Opio, que se saldó con la adquisición británica de Kowloon, en la orilla opuesta del puerto, en 1860. En 1898, los japoneses derrotaron a China y se quedaron Taiwán como botín. Oliéndose la debilidad del imperio Qing, otras potencias europeas iniciaron una «pugna por arrancar concesiones» de aquel y convirtieron la costa china en un queso gruyere de más de ochenta puertos, concesiones y colonias internacionales establecidas por tratado.¹³

Dadas en arriendo a potencias extranjeras por periodos de entre un cuarto de siglo y duración indefinida, aquellas concesiones costeras estaban en China y fuera de ella al mismo tiempo: eran estados de excepción, zonas. Los extranjeros que allí vivían eran sujetos extraterritoriales, pues, aun hallándose en suelo chino, se regían por sus propias leyes nacionales y sus delitos eran juzgados por sus propios tribunales.¹⁴ La propia Hong

Kong era una entidad mixta. Así, mientras que la isla y Kowloon eran posesiones de los británicos, el interior agrícola de los Nuevos Territorios fue concedido en arriendo al Reino Unido por un periodo de noventa y nueve años en 1898, lo que multiplicó por diez la extensión de la colonia. China también fue forzada por ley a abrir su economía en general. Aunque mantuvo intacta su soberanía en teoría, los tratados obligaron a su Gobierno a aplicar una política de aranceles bajos. Por el principio de «nación más favorecida», los privilegios otorgados a una potencia (Estados Unidos, por ejemplo) debían ser inmediatamente concedidos también a rusos, alemanes, franceses, etcétera.

Estas leyes se recordaban allí con el sobrenombre de los «tratados desiguales» y constituían el elemento central del denostado «siglo de humillaciones» que los chinos habían padecido. Un destacado diplomático de ese país dijo de ellas en 1912 que les habían sido arrancadas «por la fuerza de la espada». ¹⁵ En lo que no se repara tan a menudo es en cómo aquella combinación de violencia, territorio y ley contribuyó a fijar el modelo de la globalización económica del siglo siguiente. También las zonas han creado parecidos mosaicos de semisoberanía; ahí están, por ejemplo, las terminales de contenedores y bases militares cedidas en arriendo por largos periodos, o las organizaciones de libre comercio como la OMC funcionando con arreglo al principio de nación más favorecida, o los tratados que autorizan a los inversores extranjeros a regirse por sus propios tribunales de origen. Así pues, más que una reliquia de un pasado en tonos sepia, aquella constelación de enclaves en China se puede considerar una especie de avance del futuro que estaba por venir.

Hong Kong prosperó en aquel nuevo panorama legal. Desde sus inicios como puerto comercial evolucionó aceleradamente hasta convertirse en un centro de producción industrial para los mercados mundiales después de que la victoria del Ejército Rojo comunista en China en 1949 provocara la llegada a la ciudad de mucha población nueva, que enseguida fue colocada en los pequeños talleres y fábricas que proliferaban por doquier. En torno a un millón de refugiados e inmigrantes —más que la población total de la colonia cuando los británicos la recuperaron de manos de los japoneses en 1945— trajeron su mano de obra y su capital, especialmente desde el emporio comercial que había sido Shanghái. La población de Hong Kong se cuadruplicó entre 1945 y 1956. ¹⁶ Sus fábricas

eran pequeñas, estaban organizadas de manera bastante informal y se adaptaban con facilidad a los cambios en la demanda de los consumidores. Los talleres abrían y cerraban según fuera necesario, y muchos se ubicaban en unos «bloques de fábricas» de seis pisos de altura construidos por el Gobierno para potenciar el comercio.¹⁷ Hong Kong se especializó en los eslabones más básicos de la cadena de valor: fabricaba bienes baratos para la exportación (productos de consumo para el *baby boom* de la posguerra, que iban desde tejidos y ropa hasta flores de plástico, muñecas y alimentos envasados).¹⁸ En 1972, la colonia era el mayor exportador de juguetes del mundo.¹⁹ A finales de esa década, también era ya el principal exportador mundial de prendas de vestir.²⁰ Aquel territorio de apenas 1.100 kilómetros cuadrados había llegado a ser el vigésimo mayor exportador mundial, y su economía crecía a un ritmo de un 10% anual.²¹ Paralelamente, había pasado de ser solo un centro productor industrial a convertirse en muy poco tiempo en la capital financiera de Asia.²² El número de bancos aumentó más del doble en los años setenta y la suma de sus activos se sextuplicó en ese mismo periodo.²³

Fue por entonces cuando Friedman recaló en Hong Kong. Había ido allí, financiado por donantes conservadores como la compañía Getty Oil y la Fundación Sarah Scaife, para grabar el primer episodio de la que sería su popularísima serie de programas para la PBS titulada *Free to Choose*.²⁴ Mediada la sesentena, Friedman se acercaba ya al final de su carrera académica y estaba en la cima de su fama. Millones de estadounidenses leían en sus casas la columna periódica de Milton en la revista *Newsweek*, y su estrella no hizo sino brillar con mayor fuerza aún tras ser galardonado con el Premio Nobel de Economía en 1976. La ya mencionada serie se emitía a los hogares de todo Estados Unidos y, posteriormente, también se programó en el Reino Unido, y se acompañó de una versión en libro que se mantuvo nada menos que cincuenta y una semanas seguidas en la lista de ventas del *New York Times*, lo que lo convirtió en la obra de no ficción más vendida de 1980. Por 4.800 dólares (unos 17.000 en dinero de hoy en día), cualquiera podía disponer en casa o en el aula de cintas de vídeo de aquel hombre al que la revista *Time* apodó cariñosamente «el tío Miltie».²⁵ «Ahora mismo —escribió un periodista por entonces—, el semblante angelical y la silueta de gnomo del economista Milton Friedman son elementos ya habituales en el paisaje intelectual estadounidense.»²⁶

En las escenas de Hong Kong que se mostraban en el programa de Friedman, el pícaro economista deambulaba entre puestos de verduras y de pescado, y la cámara enfocaba tanto a los reparadores callejeros como a unos locales clandestinos que se dedicaban a trabajar el marfil. Mientras el programa nos presentaba esas imágenes —tras otras rodadas en el Chinatown de Nueva York—, Friedman hacía una loa del taller esclavista recordando cómo su madre había tenido que trabajar en su día en condiciones parecidas. La revista libertaria *Reason* exaltó el modelo de hiperflexibilidad laboral de Hong Kong: muchas de las pequeñas fábricas de la colonia contrataban a empleados por periodos de solo un mes incluso, sin darles continuidad al terminar.²⁷ En aquel «mundo de ensueño para Milton Friedman», según lo bautizó un periodista, «a la mano de obra se la obliga a ir allá donde el capital la lleve y al precio que este decida pagarle».²⁸ El propio Friedman describió Hong Kong como «un experimento casi de laboratorio sobre lo que ocurre cuando se limita el papel del Estado a la función que este debe tener»: allí la gente sabe que, cuando se fracasa, «hay que soportar el coste».²⁹

El episodio se tituló «El poder del mercado», pero trataba más bien de cómo ponerle cadenas al Estado. ¿Cómo se podía evitar que los gobiernos ampliaran los programas de protección social, los derechos socioeconómicos y el gasto a nuevos ámbitos como la protección medioambiental, la sanidad, la educación pública y el ahorro energético? Eran esas múltiples demandas, entre otras, a las que Friedman consideraba responsables del repunte que la inflación y el desempleo habían registrado en los años setenta. Para él, Hong Kong representaba un soplo de aire fresco en una década arrastrada a la perdición por las demandas de la soberanía popular tanto en el Norte como en el Sur globales. La libertad de las personas para divorciarse, tener hijos fuera del matrimonio o tumbarse a la bartola en los campus universitarios leyendo a Herbert Marcuse y a Karl Marx había llevado al límite los presupuestos de los Estados.³⁰ Pero en Hong Kong no había ni rastro de toda esa sobreprotección.

Si algo había hecho posible allí semejante nivel de disciplina de la población era, ante todo, la ausencia de democracia. El hecho de que no hubiera sindicatos ni elecciones restaba casi toda capacidad de influencia a los trabajadores y a los ciudadanos. El ministro de Economía de Hong Kong era más importante que su gobernador colonial.³¹ La administración

de aquella colonia británica seguía un modelo más parecido al de una «sociedad anónima» que al de una nación, según el comentario de un admirador.³² Uno de los colegas de Friedman en la conservadora Institución Hoover, Alvin Rabushka, elogió Hong Kong por considerarlo una muy buena «aproximación al modelo de manual» de la economía neoclásica «gracias a su ausencia de electorado».³³ Allí los decisores políticos estaban «liberados de las constantes presiones electorales que imperan en la toma de decisiones sobre política económica en la mayoría de los sistemas políticos democráticos».³⁴ Rabushka ensalzó el modelo hongkonés de «absolutismo administrativo» y de «Estado administrativo sin partidos».³⁵ Era la propia «ausencia de política», escribió, lo que permitía que hubiera «libertad económica».³⁶ ¿El resultado? No siempre una vida cómoda o bien protegida, cierto, pero sí una en la que «las personas trabajadoras, aquí en Hong Kong, aceptan el veredicto de las fuerzas del mercado».³⁷ Rabushka señaló también que el sistema de libre empresa allí vigente había ido muy ligado al «mantenimiento del estatus colonial».³⁸ Londres había autorizado a Hong Kong a fijar su propia política comercial y fiscal desde finales de la década de 1950.³⁹ Se había desacoplado así de la formación del Estado del bienestar en el Reino Unido de posguerra; al mismo tiempo, la negación del derecho de sufragio a la población local (convertida así en un colectivo de súbditos, más que de ciudadanos) había impedido el surgimiento de movimientos de autodeterminación perturbadores para el territorio. El gobernador colonial mantuvo una política de impuestos bajos y aranceles cero. En 1978, el tipo más alto del impuesto sobre la renta en el Reino Unido era del 83%, y en Estados Unidos, del 70%. En Hong Kong, sin embargo, no había impuestos de sucesiones ni sobre los rendimientos del capital, y solo existía un impuesto sobre la renta con un tipo único del 15%. El secreto de que Hong Kong fuera «el último lugar auténticamente capitalista sobre la faz de la Tierra», como el director de la Cámara de Comercio hongkonesa lo describió, era que no había sucumbido a los cantos de sirena de la descolonización ni de la democracia.⁴⁰

Friedman grabó las escenas para aquel programa de *Free to Choose* mientras se encontraba en Hong Kong por otro motivo: asistir al encuentro general bienal de la Sociedad Mont Pelerin (MPS). Fundada por el economista austrobritánico Friedrich Hayek en 1947 para defenderse de la amenaza insidiosa del socialismo y del Estado del bienestar, la MPS era un

club privado de intelectuales, políticos, colaboradores en laboratorios de ideas y periodistas. (El propio Friedman era uno de sus miembros fundadores y presidía la sociedad a comienzos de los setenta.) Sus socios se autodenominaron «neoliberales» hasta bien entrada la década de los cincuenta.⁴¹ Aunque ese es un término con múltiples definiciones, en este libro se usa la palabra *neoliberal* como una manera muy útil de referirnos en breve a los asociados con la MPS y sus laboratorios de ideas afiliados.

Dentro del grupo neoliberal había pensadores de diferentes colores y matices, pero a todos los unía la creencia de que el capitalismo debía ser protegido de la democracia en plena era de auge democrático de masas. Dentro del grupo general se podían distinguir varios subgrupos. Los que más nos interesan en este libro son aquellos que se identificarían con el actual *libertarismo*. Aunque este engloba numerosas escuelas y tendencias, a todas las une la idea de que el papel del Estado se limita a proteger el mercado, y que no debe poseer propiedades, ni gestionar recursos, ni dirigir empresas ni proporcionar servicios en ámbitos como la sanidad, la vivienda, los suministros básicos (como agua, electricidad, etcétera) ni las infraestructuras. El mantenimiento de la seguridad interior y exterior, así como la protección de la propiedad privada y de la sacrosanta validez de los contratos, deberían ser las funciones principales de un Gobierno. La principal diferencia interna dentro de ese grupo, como veremos, es la que separa a aquellos que creen en un Estado mínimo (llamados a veces «minarquistas») y aquellos que consideran que no debe existir Estado alguno (los conocidos como «anarcocapitalistas»).

⁴²

Debió de ser fácil enamorarse de Hong Kong cuando la MPS se reunió allí en 1978. El tiempo era templado y el cielo no estaba tapado todavía por la neblina de los hornos y las calderas de carbón de Shenzhen que comenzaron a instalarse años después sobre la región. Los asistentes a aquel congreso de la MPS se alojaron en dos de los hoteles más lujosos de la ciudad, el Excelsior y el Mandarin.⁴³ El Excelsior, una impactante columna con más de cuarenta plantas de ventanas biseladas, se había construido sobre la «Parcela Número Uno», el primer solar que se subastó después de que los británicos tomaran posesión de la isla. El Mandarin, por su parte, fue el primer hotel de cinco estrellas de la ciudad y el primero de toda Asia en contar con bañeras y teléfonos con llamada directa al exterior en todas las habitaciones.⁴⁴ Era un destino tan emblemático para la *jet set* que un

periodista bromeó tiempo después con que se podía «escribir una columna sobre los entresijos del ambiente político en Londres» desde su vestíbulo.⁴⁵

Ambos establecimientos eran propiedad de la empresa británica Jardine Matheson, también conocida como Jardines, que era una de las casas mercantes originales de Hong Kong, donde había iniciado su andadura dedicándose a la venta de opio a los chinos en la década de 1830. Posteriormente, viró hacia el comercio minorista, el transporte marítimo y el sector hotelero. Fue de las primeras en entrar en China (por medio de filiales conjuntas con el Estado comunista formadas en 1979) y también de las primeras en salir, pues trasladó su base de operaciones a las Bermudas, donde el tipo impositivo rondaba un atractivo cero por ciento.⁴⁶ Un par de años después del encuentro de la Mont Pelerin, Jardines se haría muy conocida bajo el nombre ficticio de Noble House como la compañía situada en el centro de la novela epónima de 1.200 páginas de James Clavell —una «carta de amor a Hong Kong de dos kilos de peso»—, de la que se vendieron más de medio millón de ejemplares de tapa dura en 1981 y que se mantuvo durante meses a la cabeza de la lista de las más vendidas según el *New York Times*. «Ciudad superpoblada, donde todos —salvo los más ricos— viven apretujados unos con otros, Hong Kong es una metáfora del mundo moderno», escribió una reseñadora del libro.⁴⁷ En la revista *National Review* dictaminaron que la novela era «*La rebelión de Atlas* de los ochenta» y elogiaron la apología que en ella se hacía de la competencia capitalista y el individualismo.⁴⁸ Clavell debió de sentirse encantado al leerlo: él mismo había remitido una copia firmada con una cálida dedicatoria a la propia Ayn Rand, «la diosa del mercado», según la llamó.⁴⁹ La NBC emitió una adaptación televisiva de *Noble House* en cuatro noches seguidas de 1988, durante la trascendental «semana de barridos» de audiencia de ese año, con Pierce Brosnan de protagonista en el papel de «líder supremo», o *taipan*, que fulminaba con la mirada a sus rivales empresariales desde su ático de la Jardine House. La revista *Town & Country* llamó a Hong Kong «la ciudad en auge más deslumbrante del momento».⁵⁰

Memorable era, desde luego, la impresión de los visitantes que llegaban a su aeropuerto de Kai Tak, una franja de terreno ganado al mar que sobresalía de la densamente poblada península de Kowloon (el Brooklyn del «Manhattan» que era la isla de Hong Kong propiamente dicha). Mientras sentían el vacío en el estómago típico de la maniobra de aproximación

a pista del avión, los pasajeros podían fisgonear a través de las ventanas de los altísimos edificios de viviendas y talleres que alojaban a la cada vez más disparada población de la ciudad. El problema de la llegada masiva de nuevos habitantes que se instalaban en campamentos de chabolas (y la necesidad de aplacar las demandas sociales tras las protestas violentas de 1967) llevó a que el Gobierno introdujera la vivienda pública entre su cartera de servicios, en la que ya figuraban la educación y la atención sanitaria básica. El gasto público creció un 50% entre 1970 y 1972.⁵¹ En 1973, casi un tercio de los 4,2 millones de habitantes de Hong Kong residía en viviendas de titularidad estatal.⁵² He ahí uno de los muchos sentidos en los que, en la práctica, Hong Kong distaba mucho de ser un modelo puro de libertarismo. En 1978, el columnista John Chamberlain escribió desde Hong Kong que «algunos de los puristas de la Mont Pelérin se sintieron consternados al descubrir, por una ponencia presentada en su encuentro, que Hong Kong cuenta con un mecanismo de control de los precios de los alquileres y con una elevada proporción de viviendas públicas».⁵³

Aunque más preocupaba aún el incierto futuro de la colonia. El arrendamiento de los Nuevos Territorios por noventa y nueve años vencía en 1997, a menos de veinte años vista del momento en que tuvo lugar aquel encuentro de la Mont Pelérin. Su estatus como colonia se volvía más anómalo con cada año que pasaba. A lo largo del siglo previo, el Reino Unido había retornado el control soberano a muchos de sus territorios de ultramar, comenzando por los llamados «dominios blancos», como Canadá, Australia y Nueva Zelanda. En la India, la joya de la corona del imperio, muchos de los asuntos internos eran gestionados ya por un Gobierno nacional elegido popularmente desde los años veinte. Y en 1947, los indios obtuvieron su independencia definitiva, a la que siguió la de otros países en Asia y África. El número de nuevos Estados soberanos creció muy sensiblemente durante las décadas de mediados del siglo xx. La mayor parte de las colonias británicas en el Caribe y África se habían independizado ya a mediados de los años sesenta. A finales de los setenta, Hong Kong había dejado de ser una estrella más en el firmamento de los imperios europeos de ultramar y se había convertido en uno de los últimos satélites solitarios en plena era del nacionalismo poscolonial. Hong Kong, como solía decirse por entonces, «estaba viviendo de prestado tanto en tiempo como en espacio».⁵⁴